



LECTIO DIVINA

III semana de Cuaresma
Del 24 al 30 de marzo de 2019



Ten esperanza...

Oración introductoria

Señor, concédeme el día de hoy crecer en la convicción de que mi vida solo tiene sentido si está cimentada y arraigada en Ti. Mi vida es un don, que he recibido de manos de un Padre que me ama. ¿Para qué vivo?, ¿por qué he recibido este don? La vida es un don que es necesario descubrir. Tiene un inicio y un fin que alcanzar. Hay un valor que debo descubrir y esto solo se logra entrando en lo más íntimo de mí ser. ¿Cuál es el valor de mi vida?

Petición

Jesús, tómate y llévame contigo al monte de la oración, ayúdame a escuchar tu voz y a salir de este diálogo dispuesto a transformarme más en ti. Estoy a tu escucha Señor, háblame; oír tu voz y cumplir tu voluntad es todo lo que deseo.

Lectura del libro del Éxodo (Éx. 3,1-8a.13-15)

En aquellos días, Moisés pastoreaba el rebaño de su suegro Jetró, sacerdote de Madián; llevó el rebaño trashumando por el desierto hasta llegar a Horeb, el monte de Dios. El ángel del Señor se le apareció en una llamarada entre las zarzas. Moisés se fijó: la zarza ardía sin consumirse. Moisés se dijo: «Voy a acercarme a mirar este espectáculo admirable, a ver cómo es que no se quema la zarza.» Viendo el Señor que Moisés se acercaba a mirar, lo llamó desde la zarza: «Moisés, Moisés.» Respondió él: «Aquí estoy.» Dijo Dios: «No te acerques; quítate las sandalias de los pies, pues el sitio que pisas es terreno sagrado.» Y añadió: «Yo soy el Dios de tus padres, el Dios de Abraham, el Dios de Isaac, el Dios de Jacob.» Moisés se tapó la cara, temeroso de ver a Dios. El Señor le dijo: «He visto la opresión de mi pueblo en Egipto, he oído sus quejas contra los opresores, me he fijado en sus sufrimientos. Voy a bajar a librarlos de los egipcios, a sacarlos

de esta tierra, para llevarlos a una tierra fértil y espaciosa, tierra que mana leche y miel.» Moisés replicó a Dios: «Mira, yo iré a los israelitas y les diré: "El Dios de vuestros padres me ha enviado a vosotros." Si ellos me preguntan cómo se llama, ¿qué les respondo?» Dios dijo a Moisés: «"Soy el que soy"; esto dirás a los israelitas: `Yo-soy' me envía a vosotros".» Dios añadió: «Esto dirás a los israelitas: "Yahvé (Él-es), Dios de vuestros padres, Dios de Abrahán, Dios de Isaac, Dios de Jacob, me envía a vosotros. Éste es mi nombre para siempre: así me llamaréis de generación en generación".»

Salmo (Sal 102,1-2.3-4.6-7.8.11)

El Señor es compasivo y misericordioso.

Lectura de la primera carta del apóstol san Pablo a los Corintios (1 Cor. 10,1-6.10-12)

No quiero que ignoréis, hermanos, que nuestros padres estuvieron todos bajo la nube y todos atravesaron el mar y todos fueron bautizados en Moisés por la nube y el mar; y todos comieron el mismo alimento espiritual; y todos bebieron la misma bebida espiritual, pues bebían de la roca espiritual que los seguía; y la roca era Cristo. Pero la mayoría de ellos no agradaron a Dios, pues sus cuerpos quedaron tendidos en el desierto. Estas cosas sucedieron en figura para nosotros, para que no codiciemos el mal como lo hicieron aquéllos. No protestéis, como protestaron algunos de ellos, y perecieron a manos del Exterminador. Todo esto les sucedía como un ejemplo y fue escrito para escarmiento nuestro, a quienes nos ha tocado vivir en la última de las edades. Por lo tanto, el que se cree seguro, ¡cuidado!, no caiga.

Lectura del santo evangelio según san Lucas (Lc. 13,1-9)

En una ocasión, se presentaron algunos a contar a Jesús lo de los galileos cuya sangre vertió Pilato con la de los sacrificios que ofrecían. Jesús les contestó: «¿Pensáis que esos galileos eran más pecadores que los demás galileos, porque acabaron así? Os digo que no; y, si no os convertís, todos pereceréis lo mismo. Y aquellos dieciocho que murieron aplastados por la

torre de Siloé, ¿pensáis que eran más culpables que los demás habitantes de Jerusalén? Os digo que no; y, si no os convertís, todos pereceréis de la misma manera.» Y les dijo esta parábola: «Uno tenía una higuera plantada en su viña, y fue a buscar fruto en ella, y no lo encontró. Dijo entonces al viñador: "Ya ves: tres años llevo viniendo a buscar fruto en esta higuera, y no lo encuentro. Córdala. ¿Para qué va a ocupar terreno en balde?" Pero el viñador contestó: "Señor, déjala todavía este año; yo cavaré alrededor y le echaré estiércol, a ver si da fruto. Si no, la cortas".»

Releemos el evangelio

San Cipriano (c. 200-258)

obispo de Cartago y mártir

Los beneficios de la paciencia, 7

«A ver si dará fruto»: imitar la paciencia de Dios

Queridos hermanos, Jesucristo, nuestro Señor, no se contentó con enseñar la paciencia de palabra, sino que la enseñó sobre todo en sus actos... En la hora de la Pasión y de la cruz ¡cuántos sarcasmos ofensivos escuchados pacientemente, cuántas burlas injuriosas no soportó hasta el punto de recibir salivazos, él, que con su propia saliva había abierto los ojos a un ciego (Jn 9,6)...; coronado de espinas, él, que corona a los mártires con flores eternas; golpeado su rostro con la palma de las manos, él, que otorga las verdaderas palmas a los vencedores; despojado de sus vestiduras, él, que reviste a los otros de inmortalidad; alimentado con hiel, él, que da un alimento celestial; dándole a beber vinagre, él, que hace participar de la copa de la salvación. Él, el inocente, el justo, o mejor dicho, la misma inocencia y la misma justicia, puesto en la hilera de los criminales; falsos testimonios aplastan a la Verdad; se juzga al que ha de juzgar; la Palabra de Dios, callada, es conducida al sacrificio.

Después, cuando se eclipsan los astros, cuando los elementos se perturban, cuando tiembla la tierra... él no habla, no se mueve, no revela su majestad. Hasta el final lo soporta todo con una constancia inagotable para que la paciencia plena y perfecta encuentre su término en Cristo. Después de todo eso, todavía acoge a los homicidas, si se convierten y

vuelven a él; gracias a su paciencia..., a nadie cierra su Iglesia. Sus adversarios, los blasfemos, los eternos enemigos de su nombre, no sólo los admite a su perdón si se arrepienten de su falta, sino que incluso les concede la recompensa del Reino de los cielos. ¿Podría alguien citar a alguno más paciente, más benévolo? El mismo que derramó la sangre de Cristo es vivificado por la sangre de Cristo. Así es la paciencia de Cristo, y si no fuera tan grande, la Iglesia no poseería al apóstol Pablo.

Palabras del Santo Padre Francisco

«Todo esto nos lleva a mirar hacia nuestras raíces, a lo que nos sostiene a lo largo del tiempo, nos sostiene a lo largo de la historia para crecer hacia arriba y dar fruto. Las raíces. Sin raíces no hay flores, no hay frutos. Decía un poeta que “todo lo que el árbol tiene de florido le viene de lo que tiene de soterrado”, las raíces. Nuestras vocaciones tendrán siempre esa doble dimensión: raíces en la tierra y corazón en el cielo. No se olviden esto. Cuando falta alguna de estas dos, algo comienza a andar mal y nuestra vida poco a poco se marchita, como un árbol que no tiene raíces, marchita.» *(Homilía de S.S. Francisco, 20 de enero de 2018).*

Meditación

En el Evangelio, centrándonos en la parábola, vemos como el dueño de una viña va en busca de los frutos de su higuera y no los encuentra. Desea arrancarla, pues no es la primera vez que sucede esto y es inútil que ocupe el terreno estérilmente, pero hay alguien que interviene y busca darle una oportunidad más, cavará a su alrededor y echará abono. En esta parábola que el Señor nos da, podemos descubrir el valor de nuestra vida y que hay que dar fruto.

Nuestra vida es como esa semilla que fue sembrada y que creció hasta convertirse en un arbusto, pero no basta eso, debe de dar frutos. Vivimos para dar frutos para el cielo, para la eternidad, lo que se traduce en el lenguaje del amor, de la caridad, del perdón, de la alegría, etc. El pecado, los criterios del mundo y las asechanzas del enemigo buscan secar la tierra

en la que estamos plantados, pero Cristo, al hacerse hombre, ha venido para liberarnos y abonar, con su amor y entrega en la cruz, nuestra tierra, para que nuestra vida esté cimentada en la verdad y dé mucho fruto.

En esta Cuaresma descubramos el valor de nuestra vida. Dejemos que el Señor nos llene de su gracia y haga de nosotros una higuera que dé mucho fruto, pero, sobre todo, buen fruto. Que el llamado a la conversión sea un llamado a dar fruto y no solo a cambiar.

Oración final

Señor Jesús, te damos gracia por tu Palabra que nos ha hecho ver mejor la voluntad del Padre. Haz que tu Espíritu ilumine nuestras acciones y nos comunique la fuerza para seguir lo que Tu Palabra nos ha hecho ver. Haz que nosotros como María, tu Madre, podamos no sólo escuchar, sino también poner en práctica la Palabra. Tú que vives y reinas con el Padre en la unidad del Espíritu Santo por todos los siglos de los siglos. Amén.

LUNES, 25 MARZO DE 2019
ANUNCIACIÓN DEL SEÑOR

Responder con prontitud

Oración introductoria

Oh María, tú nos recuerdas qué gran regalo nos ha hecho Jesús con su Encarnación, qué precioso tesoro constituye para nosotros su venida a este mundo. Él también nos hace ver que en ti tenemos una verdadera Madre que nos acompaña en este peregrinar por el mundo y guía nuestros pasos hasta el cielo. Tómanos de tu mano, permanece con nosotros y guíanos en esta oración.

Petición

Señor, que se haga tu voluntad en mi vida, como en la de María; con la misma perfección, delicadeza y amor.

Lectura del libro de Isaías (Is. 7,10-14; 8,10)

En aquel tiempo, el Señor habló a Acaz: «Pide una señal al Señor, tu Dios: en lo hondo del abismo o en lo alto del cielo.» Respondió Acaz: «No la pido, no quiero tentar al Señor.» Entonces dijo Dios: «Escucha, casa de David: ¿No os basta cansar a los hombres, que cansáis incluso a mi Dios? Pues el Señor, por su cuenta, os dará una señal: Mirad: la virgen está encinta y da a luz un hijo, y le pondrá por nombre Emmanuel, que significa "Dios-con-nosotros".»

Salmo (Sal 39,7-8a.8b-9.10.11)

Aquí estoy, Señor, para hacer tu voluntad.

Lectura de la carta a los Hebreos (Heb. 10,4-10)

Es imposible que la sangre de los toros y de los machos cabríos quite los pecados. Por eso, cuando Cristo entró en el mundo dijo: «Tú no quieres sacrificios ni ofrendas, pero me has preparado un cuerpo; no aceptas holocaustos ni víctimas expiatorias. Entonces yo dije lo que está escrito en el libro: "Aquí estoy, oh Dios, para hacer tu voluntad."» Primero dice: «No quieres ni aceptas sacrificios ni ofrendas, holocaustos ni víctimas expiatorias», que se ofrecen según la Ley. Después añade: «Aquí estoy yo para hacer tu voluntad.» Niega lo primero, para afirmar lo segundo. Y conforme a esa voluntad todos quedamos santificados por la oblación del cuerpo de Jesucristo, hecha una vez para siempre.

Lectura del santo evangelio según san Lucas (Lc. 1,26-38)

A los seis meses, el ángel Gabriel fue enviado por Dios a una ciudad de Galilea llamada Nazaret, a una virgen desposada con un hombre llamado José, de la estirpe de David; la virgen se llamaba María. El ángel, entrando en su presencia, dijo: «Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo.» Ella se turbó ante estas palabras y se preguntaba qué saludo era aquél. El ángel le dijo: «No temas, María, porque has encontrado gracia ante Dios. Concebirás en tu vientre y darás a luz un hijo, y le pondrás por nombre Jesús. Será grande, se llamará Hijo del Altísimo, el Señor Dios le dará el

trono de David, su padre, reinará sobre la casa de Jacob para siempre, y su reino no tendrá fin.» Y María dijo al ángel: «¿Cómo será eso, pues no conozco a varón?» El ángel le contestó: «El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y la fuerza del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso el Santo que va a nacer se llamará Hijo de Dios. Ahí tienes a tu pariente Isabel, que, a pesar de su vejez, ha concebido un hijo, y ya está de seis meses la que llamaban estéril, porque para Dios nada hay imposible.» María contestó: «Aquí está la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra.» Y la dejó el ángel.

Releemos el evangelio

San Efrén (c. 306-373)

diácono en Siria, doctor de la Iglesia

Homilía sobre la Madre de Dios, 2, 93-145

«El Poderoso hizo en mí maravillas» (Lc 1,49)

Contemplad a María, amados míos, y ved cómo Gabriel entró donde estaba ella y la objeción que le puso: «¿Cómo será eso?». El servidor del Espíritu Santo le dio esta respuesta: «Eso es fácil para Dios; para él todo es sencillo.» Considerad como ella creyó en la palabra que había escuchado y dijo: «Aquí está la esclava del Señor.» En aquel momento el Señor descendió de una manera sólo conocida por él; se puso en movimiento y vino como le plugo; entró en ella sin que ella lo sintiera, y ella lo acogió sin experimentar ningún sufrimiento. Llevaba en ella, como niño, el que llena el mundo. Descendió para ser el modelo que renovarían la antigua imagen de Adán. Por eso, cuando se te anuncia el nacimiento de Dios, guarda silencio.

Que tengas presente en tu espíritu la palabra de Gabriel, porque no hay nada imposible a esta gloriosa Majestad que se abajó por nosotros y nació de nuestra humanidad. Por eso cuando recibas el anuncio del nacimiento de Dios, guarda silencio. Que tengas la palabra de Gabriel presente en tu espíritu, puesto que no hay nada imposible a esta gloriosa Majestad que por nosotros se abajó y nació de nuestra humanidad. En este día María se convierte para nosotros en el cielo que lleva a Dios, porque la Divinidad sublime ha descendido y ha establecido en ella su morada. Dios se hace pequeño en ella –aunque conservando su naturaleza- para hacernos

grandes a nosotros. En ella nos ha tejido un vestido con el cual nos salvaría. En ella se han dado cumplimiento todas las palabras de los profetas y de los justos.

Desde ella se levantó la luz que ha disipado las tinieblas del paganismo. Son numerosos los títulos de María...: es el palacio en el que habita el poderoso Rey de reyes, pero que no ha dejado igual que cuando vino a él, porque es de ella de quien ha tomado carne y ha nacido. Ella es el cielo nuevo en el que habita el Rey de reyes; de ella salió Cristo y de ella subió al cielo para iluminar la creación, formada y modelada a su imagen. Ella es la cepa de la vid que lleva el racimo; ella ha dado un fruto superior a la naturaleza; y él, aunque difiere de ella en naturaleza, se ha revestido de su color naciendo de ella. Ella es la fuente de la que han manado las aguas vivas para los sedientos, y para los que en ella apagan su sed dando frutos al cien por uno.

Palabras del Santo Padre Francisco

«La Virgen Inmaculada intercede por nosotros en el Cielo como una buena madre que cuida de sus hijos. Que María nos enseñe con su vida qué significa ser discípulo misionero. Cada vez que rezamos el, recordamos el evento que ha cambiado para siempre la historia de los hombres. Cuando el ángel Gabriel anunció a María que iba a ser la Madre de Jesús, del Salvador, ella, aun sin comprender del todo el significado de aquella llamada, se fío de Dios y respondió: “Aquí la esclava del Señor, que se haga en mí según tu palabra”.

Pero, ¿qué hizo inmediatamente después? Después de recibir la gracia de ser la Madre del Verbo encarnado, no se quedó con aquel regalo; se sintió responsable, y marchó, salió de su casa y se fue rápidamente a ayudar a su pariente Isabel, que tenía necesidad de ayuda; realizó un gesto de amor, de caridad y de servicio concreto, llevando a Jesús en su seno. Y este gesto lo hizo diligentemente. Queridos amigos, éste es nuestro modelo. La que ha recibido el don más precioso de parte de Dios, como primer gesto de respuesta se pone en camino para servir y llevar a Jesús» (*S.S. Francisco, 28 de julio de 2013*).

Meditación

María es la mujer de la escucha. Esto lo vemos en su encuentro con el ángel y lo constatamos en todos los momentos de su vida. Ella es modelo de apertura, de espera, de atención y de acogida de la Palabra de Dios. Se trata de una escucha verdadera, que interioriza el mensaje del Señor y lo sigue con obediencia sumisa. Preguntémonos cómo es nuestra escucha de las enseñanzas de la Iglesia, ¿se convierten en vida, llegan a formar parte de nuestro ser? ¿Las reflexionamos y las aceptamos en lo íntimo del corazón? Vemos cómo la escucha de María se tradujo en carne, en vida, por su sí generoso el Hijo de Dios llegó a ser hombre entre nosotros.

También la Palabra de Dios en nosotros debe convertirse en presencia real, en obras de caridad. Veamos ahora cómo María dio su sí con prontitud, no pidió prórrogas, respondió sin tardanza. San Ambrosio explica que la gracia del Espíritu Santo no admite lentitud. Aprendamos de María a tener prisa para dedicarnos a las cosas de Dios.

Oración final

Padre mío, tu has bajado hasta mí, me has tocado el corazón, me has hablado, prometiéndome gozo, presencia, salvación. En la gracia del Espíritu Santo, que me ha cubierto con su sombra, también yo junto a María, he podido decirte mi sí, el “Heme aquí” de mi vida por ti. Ahora no me queda nada más que la fuerza de tu promesa.

MARTES, 26 MARZO DE 2019

Cristo nos ofrece la paz

Oración introductoria

Dios mío, necesito de tu paz, del abandono en tu Providencia, de la serenidad de alma que proviene de dejar todas las cosas en tus manos. Jesús, Tú eres mi dueño y mi Señor. Confío en ti.

Petición

Sagrado Corazón de Jesús, en ti confío.

Lectura de la profecía de Daniel (Dan. 3,25.34-43)

En aquellos días, Azarías, puesto en pie, oró de esta forma; alzó la voz en medio del fuego y dijo: «Por el honor de tu nombre, no nos desampares para siempre, no rompas tu alianza, no apartes de nosotros tu misericordia. Por Abrahán, tu amigo; por Isaac, tu siervo; por Israel, tu consagrado; a quienes prometiste multiplicar su descendencia como las estrellas del cielo, como la arena de las playas marinas. Pero ahora, Señor, somos el más pequeño de todos los pueblos; hoy estamos humillados por toda la tierra a causa de nuestros pecados. En este momento no tenemos príncipes, ni profetas, ni jefes; ni holocausto, ni sacrificios, ni ofrendas, ni incienso; ni un sitio donde ofrecerte primicias, para alcanzar misericordia. Por eso, acepta nuestro corazón contrito y nuestro espíritu humilde, como un holocausto de carneros y toros o una multitud de corderos cebados. Que este sea hoy nuestro sacrificio, y que sea agradable en tu presencia: porque los que en ti confían no quedan defraudados. Ahora te seguimos de todo corazón, te respetamos, y buscamos tu rostro; no nos defraudes, Señor; trátanos según tu piedad, según tu gran misericordia. Líbranos con tu poder maravilloso y da gloria a tu nombre, Señor».

Salmo (Sal 24,4-5ab.6.7bc.8-9)

Recuerda, Señor, tu ternura.

Lectura del santo evangelio según san Mateo (Mt. 18,21-35)

En aquel tiempo, acercándose Pedro a Jesús le preguntó: «Señor, si mi hermano me ofende, ¿cuántas veces tengo que perdonarlo? ¿Hasta siete veces?». Jesús le contesta: «No te digo hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete. Por esto, se parece el reino de los cielos a un rey que quiso ajustar las cuentas con sus criados. Al empezar a ajustarlas, le presentaron uno que debía diez mil talentos. Como no tenía con qué pagar, el señor

mandó que lo vendieran a él con su mujer y sus hijos y todas sus posesiones, y que pagara así. El criado, arrojándose a sus pies, le suplicaba diciendo: “Ten paciencia conmigo y te lo pagaré todo”. Se compadeció el señor de aquel criado y lo dejó marchar, perdonándole la deuda. Pero al salir, el criado aquel encontró a uno de sus compañeros que le debía cien denarios y, agarrándolo, lo estrangulaba diciendo: “Págame lo que me debes”. El compañero, arrojándose a sus pies, le rogaba diciendo: “Ten paciencia conmigo y te lo pagaré”. Pero él se negó y fue y lo metió en la cárcel hasta que pagara lo que debía. Sus compañeros, al ver lo ocurrido, quedaron consternados y fueron a contarle a su señor todo lo sucedido. Entonces el señor lo llamó y le dijo: “¡Siervo malvado! Toda aquella deuda te la perdoné porque me lo rogaste. ¿No debías tú también tener compasión de tu compañero, como yo tuve compasión de ti?”. Y el señor, indignado, lo entregó a los verdugos hasta que pagara toda la deuda. Lo mismo hará con vosotros mi Padre celestial, si cada cual no perdona de corazón a su hermano».

Releemos el evangelio

San Cesáreo de Arlés (470-543)

monje y obispo

Sermón 25, SC 243 (trad. Breviario lunes 17 del tiempo ordinario)

***“¿No debías, a tu regreso, tener compasión de tu compañero,
como yo la tuve de ti?”***

Existe, pues, una misericordia terrena y humana, otra celestial y divina. ¿Cuál es la misericordia humana? La que consiste en atender a las miserias de los pobres. ¿Cuál es la misericordia divina? Sin duda, la que consiste en el perdón de los pecados... Dios, en este mundo, padece frío y hambre en la persona de todos los pobres, como dijo él mismo (Mt 25,40)... ¿Cómo somos nosotros, que, cuando Dios nos da, queremos recibir y, cuando nos pide, no le queremos dar? Porque, cuando un pobre pasa hambre, es Cristo quien pasa necesidad, como dijo él mismo: Tuve hambre, y no me disteis de comer. No apartes, pues, tu mirada de la miseria de los pobres, si quieres esperar confiado el perdón de los pecados... y lo que reciba aquí en la tierra lo devolverá luego en el cielo.

Os pregunto, hermanos, ¿qué es lo que queréis o buscáis cuando venís a la iglesia? Ciertamente la misericordia. Practicad, pues, la misericordia terrena, y recibiréis la misericordia celestial. El pobre te pide a ti, y tú le pides a Dios; aquél un bocado, tú la vida eterna...Por esto, cuando vengáis a la iglesia, dad a los pobres la limosna que podéis, según vuestras posibilidades.

Palabras del Santo Papa San Juan Pablo II

«Muchas veces y de varios modos Él ha hablado de perdón. Cuando Pedro le pregunta cuántas veces habría de perdonar a su prójimo, “hasta siete veces?”. Jesús contestó que debía perdonar “hasta setenta veces siete”. En la práctica, esto quiere decir siempre: efectivamente, el número “setenta” por “siete” es simbólico, y significa, más que una cantidad determinada, una cantidad incalculable, infinita. Al responder a la pregunta sobre cómo es necesario orar, Cristo pronunció aquellas magníficas palabras dirigidas al Padre: “Padre nuestro que estás en los cielos”; y entre las peticiones que componen esta oración, la última habla del perdón: “Perdónanos nuestras deudas, como nosotros las perdonamos” a quienes son culpables con relación a nosotros (“a nuestros deudores”).

Finalmente, Cristo mismo confirmó la verdad de estas palabras en la cruz, cuando, dirigiéndose al Padre, suplica: “Perdónalos!”, “Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen”» (*San Juan Pablo II, 21 de octubre de 1981*)

Meditación

En este tiempo de Cuaresma es necesario contemplar el Corazón del Redentor, porque el cristiano está llamado a ser testigo y apóstol de este amor del Corazón de Jesucristo. Hemos de transmitir a los demás la infinita misericordia de Dios. Para ello, necesitamos entrar en su gran Corazón y perdernos en su abismo de amor, de compasión, de humildad, de paciencia, de bondad.

Aprovechemos cada confesión para experimentar que somos objeto del perdón de Dios, démonos cuenta que, en ese momento, todos los méritos ganados por Cristo en la Cruz vienen a nosotros para otorgarnos de nuevo la gracia santificante. En esto se resume la fe cristiana: en el encuentro vivo con la bondad de Dios. Solamente quien se sabe perdonado por Dios, puede perdonar a los demás. Que el amor de Cristo nos dé la fuerza para responder con el perdón ante las ofensas, sean éstas grandes o pequeñas. No olvidemos que si decimos que tenemos fe, pero no perdonamos a los demás, entonces no somos verdaderos cristianos. El que sigue a Cristo perdona siempre.

Oración final

Muéstrame tus caminos, Yahvé,
enséñame tus sendas.
Guíame fielmente, enséñame,
pues tú eres el Dios que me salva.
En ti espero todo el día,
por tu bondad, Yahvé. (Sal 25,4-6)

MIERCOLES, 27 MARZO DE 2019

La ley del Espíritu nos hace libres

Oración introductoria

Dios mío, me pongo en tu presencia, reconozco tu grandeza, tu bondad, tu misericordia, tu perdón. Quiero postrarme ante Ti en esta oración y escucharte, con admiración, con confianza, como un hijo redimido que sabe que tiene un Padre que lo ama.

Petición

Señor, dame la apertura para saber descubrir, en esta oración, qué es lo que me aparta del mandamiento de tu amor.

Lectura del libro del Deuteronomio (Dt. 4,1.5-9)

Moisés habló al pueblo, diciendo: «Ahora, Israel, escucha los mandatos y decretos que yo os enseño para que, cumpliéndolos, viváis y entréis a tomar posesión de la tierra que el Señor, Dios de vuestros padres, os va a dar. Mirad: yo os enseño los mandatos y decretos, como me mandó el Señor, mi Dios, para que los cumpláis en la tierra donde vais a entrar para tomar posesión de ella. Observadlos y cumplidlos, pues esa es vuestra sabiduría y vuestra inteligencia a los ojos de los pueblos, los cuales, cuando tengan noticia de todos estos mandatos, dirán: “Ciertamente es un pueblo sabio e inteligente esta gran nación”. Porque ¿dónde hay una nación tan grande que tenga unos dioses tan cercanos como el Señor, nuestro Dios, siempre que lo invocamos? Y ¿dónde hay otra nación tan grande que tenga unos mandatos y decretos tan justos como toda esta ley que yo os propongo hoy? Pero, ten cuidado y guárdate bien de olvidar las cosas que han visto tus ojos y que no se aparten de tu corazón mientras vivas; cuéntaselas a tus hijos y a tus nietos».

Salmo (Sal 147,12-13.15-16.19-20)

Glorifica al Señor, Jerusalén.

Lectura del santo evangelio según san Mateo (Mt. 5,17-19)

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: «No creáis que he venido a abolir la Ley y los Profetas: no he venido a abolir, sino a dar plenitud. En verdad os digo que antes pasarán el cielo y la tierra que deje de cumplirse hasta la última letra o tilde de la ley. El que se salte uno solo de los preceptos menos importantes y se lo enseñe así a los hombres será el menos importante en el reino de los cielos. Pero quien los cumpla y enseñe será grande en el reino de los cielos».

Releemos el evangelio

San Agustín (354-430)

obispo de Hipona (África del Norte), doctor de la Iglesia

Del espíritu y la letra, 28-30; PL 33, 217ssç

“No he venido a abolir la Ley sino a darle plenitud.” (cf Mt 5,17)

La gracia, antes velada en el Antiguo Testamento, ha sido revelada plenamente en el evangelio de Cristo por una disposición armoniosa de los tiempos, tal como Dios tiene por costumbre disponer armoniosamente todas las cosas... Pero, dentro de esta admirable armonía uno constata una gran diferencia entre dos épocas. En el Sinaí, el pueblo no se atrevía acercarse al lugar donde el Señor dio su Ley. En el cenáculo, el Espíritu Santo desciende sobre aquellos que se habían reunido esperando el cumplimiento de la promesa (cf Ex 19,23; Hch 2,1).

Antes, el dedo de Dios había grabado sus leyes sobre tablas de piedra; ahora la ha escrito en los corazones de los hombres (2Cor 3,3). Antes, la Ley estaba escrita por fuera e inspiraba miedo a los pecadores; ahora, les es dada interiormente para justificarlos... En efecto, como lo dice el apóstol Pablo, todo lo que está escrito en tablas de piedra: -No cometerás adulterio, no matarás, no codiciarás-, y otras cosas semejantes se resumen en el único mandamiento: “Amarás a tu prójimo como a ti mismo” (Lev 19,18). El amor al prójimo no hace mal a nadie. La plenitud de la Ley es el amor (Rm 13, 9-10)... Este amor ha sido “derramado en vuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha dado” (Rm 5,5).

Palabras del Santo Padre Francisco

La ley del Espíritu nos lleva por el camino del discernimiento continuo para hacer la voluntad de Dios, también esto nos asusta. Cuando nos asalta este miedo corremos el riesgo de sucumbir a dos tentaciones.

La primera es la de volver atrás porque no estamos seguros. Pero esto interrumpe el camino. Es la tentación del miedo a la libertad, del miedo al Espíritu Santo: el Espíritu Santo nos da miedo. Cuando la seguridad plena

está en el Espíritu Santo que te conduce hacia adelante, que te da confianza y, como dice Pablo, es más exigente: en efecto, Jesús dice que “antes pasarán el cielo y la tierra que deje de cumplirse hasta la última letra o tilde de la ley”. Por lo tanto es más exigente, incluso si no nos da la seguridad humana porque no podemos controlar al Espíritu Santo.

La segunda tentación es el “progresismo adolescente”. No se trata de auténtico progreso: es una cultura que avanza, de la que no logramos desprendernos y de la cual tomamos las leyes y los valores que más nos gustan, como hacen precisamente los adolescentes. Al final, el riesgo que se corre es el de resbalar y salirse del camino. No podemos retroceder y deslizarnos fuera del camino. La ley es plena, siempre en continuidad, sin cortes: como la semilla que acaba en la flor, en el fruto. El camino es el de la libertad en el Espíritu Santo, que nos hace libres, en el discernimiento continuo sobre la voluntad de Dios, para seguir adelante por este camino, sin retroceder (*Cf. S.S. Francisco, 12 de junio de 2013, homilía en la capilla de Santa Marta*).

Meditación

El secreto de la vida es hacer la voluntad de Dios porque ahí se encierra el plan de amor y de santidad para nosotros, desde el detalle más pequeño hasta los acontecimientos más excepcionales. Quien sabe someterse a los designios de Dios y agachar el corazón para cumplir la voluntad del Padre está en el camino de la auténtica santidad. La voluntad de Dios no es un peso ni nos priva de la libertad. Conocer qué es lo que Dios quiere de nosotros es la alegría de nuestra vida, es nuestro privilegio.

Esa voluntad divina es nuestro verdadero bien, es nuestra guía para la felicidad. Quien cumple los planes de Dios goza ya del cielo. Que nuestro programa de vida no sea cumplir nuestra pequeña voluntad, sino ponernos a la escucha de las inspiraciones del Espíritu Santo para cumplir la voluntad de Dios. ¿Para qué queremos algo, si Dios no lo quiere? Descubramos el plan de Dios para nosotros, abandonémonos en sus manos y dediquémonos con entusiasmo a cumplir su proyecto. Practiquemos esto en la vida ordinaria de todos los días.

Oración final

¡Celebra a Yahvé, Jerusalén,
alaba a tu Dios, Sion!,
que refuerza los cerrojos de tus puertas
y bendice en tu interior a tus hijos. *(Sal 147,12-13)*

JUEVES, 28 MARZO DE 2019

Decisión y santidad

Oración introductoria

Gracias, Señor, por todos los dones de tu creación, por este mundo tan hermoso que has creado, con tantas cosas maravillosas, gracias por el don de mi existencia, por el don de mi bautismo y de mi fe cristiana. Gracias porque Tú eres quien gobierna el universo con tu amor y misericordia

Petición

Dios mío, dame la gracia de decidirme hoy a ser santo.

Lectura del libro de Jeremías (Jer. 7,23-28)

Esto dice el Señor: «Esta fue la orden que di a mi pueblo: “Escuchad mi voz, Yo seré vuestro Dios y vosotros seréis mi pueblo. Seguid el camino que os señalo, y todo os irá bien”. Pero no escucharon ni hicieron caso. Al contrario, caminaron según sus ideas, según la maldad de su obstinado corazón. Me dieron la espalda y no la cara. Desde que salieron vuestros padres de Egipto hasta hoy, os envié a mis siervos, los profetas, un día tras otro; pero no me escucharon ni me hicieron caso. Al contrario, endurecieron la cerviz y fueron peores que sus padres. Ya puedes repetirles este discurso, seguro que no te escucharán; ya puedes gritarles, seguro que no te responderán. Aun así les dirás: “Esta es la gente que no escuchó la voz del Señor, su Dios, y no quiso escarmentar. Ha desaparecido la sinceridad, se la han arrancado de la boca”».

Salmo (Sal 94,1-2.6-7.8-9)

Ojalá escuchéis hoy la voz del Señor: «No endurezcáis vuestro corazón»

Lectura del santo evangelio según san Lucas (Lc. 11,14-23)

En aquel tiempo, estaba Jesús echando un demonio que era mudo. Sucedió que, apenas salió el demonio, empezó a hablar el mudo. La multitud se quedó admirada, pero algunos de ellos dijeron: «Por arte de Belzebú, el príncipe de los demonios, echa los demonios». Otros, para ponerlo a prueba, le pedían un signo del cielo. Él, conociendo sus pensamientos, les dijo: «Todo reino dividido contra sí mismo va a la ruina y cae casa sobre casa. Si, pues, también Satanás se ha dividido contra sí mismo, ¿cómo se mantendrá su reino? Pues vosotros decís que yo echo los demonios con el poder de Belzebú. Pero, si yo echo los demonios con el poder de Belzebú, vuestros hijos, ¿por arte de quién los echan? Por eso, ellos mismos serán vuestros jueces. Pero, si yo echo los demonios con el dedo de Dios, entonces es que el reino de Dios ha llegado a vosotros. Cuando un hombre fuerte y bien armado guarda su palacio, sus bienes están seguros, pero, cuando otro más fuerte lo asalta y lo vence, le quita las armas de que se fiaba y reparte su botín. El que no está conmigo está contra mí; el que no recoge conmigo desparrama».

Releemos el evangelio

Simeón el Nuevo Teólogo (c. 949-1022)

monje griego

Catequesis 27

“El que no recoge conmigo, desparrama”

Bajo las burlas, tu Maestro no se enfada, ¿y tú te pones nervioso? Él soporta salivazos, bofetadas, latigazos, ¿y tú no puedes escuchar una palabra dura? Él acepta la cruz, una muerte deshonrosa, la tortura de los clavos, ¿y tú no aceptas cumplir los oficios menos honrosos? ¿Cómo vas a participar de su gloria (1P 5,1) si no aceptas participar de su muerte deshonrosa? Verdaderamente, resulta inútil que hayas abandonado las

riquezas si no quieres tomar la cruz como él mismo lo ordenó con su palabra de verdad.

“Vende lo que tienes y dáselo a los pobres” ordenó Cristo al joven y también a nosotros, “y toma tu cruz”, y “sígueme” (Mt 19,21.16,24). Has distribuido bien tus riquezas, pero sin aceptar tomar la cruz, es decir, soportar valientemente los asaltos de todas las pruebas; te has apartado del camino de la vida y separado, para tu desgracia, de tu dulce Dios y Señor.

Os ruego, hermanos, que observemos todos los mandamientos de Cristo, que por amor al Reino de los cielos, soportemos hasta la muerte las pruebas que nos asaltan, a fin de participar de la gloria de Jesús, de la vida eterna y de heredar el disfrute de los bienes indecibles en Cristo Jesús, nuestro Señor.

Palabras del Santo Papa San Juan Pablo II

«La fe de la Iglesia nos enseña que la potencia de Satanás no es infinita. Él es sólo una creatura, potente en cuanto espíritu puro, pero siempre una creatura, con los límites de la creatura, subordinada al querer y el dominio de Dios. Si Satanás obra en el mundo por su odio contra Dios y su reino, ello es permitido por la Divina Providencia que con potencia y bondad ("fortiter et suaviter") dirige la historia del hombre y del mundo. Si la acción de Satanás ciertamente causa muchos daños -de naturaleza espiritual e indirectamente de naturaleza también física- a los individuos y a la sociedad, él no puede, sin embargo, anular la finalidad definitiva a la que tienden el hombre y toda la creación, el bien. Él no puede obstaculizar la edificación del reino de Dios, en el cual se tendrá, al final, la plena actuación de la justicia y del amor del Padre hacia las creaturas eternamente "predestinadas" en el Hijo-Verbo, Jesucristo. Más aún, podemos decir con San Pablo que la obra del maligno concurre para el bien y sirve para edificar la gloria de los "elegidos"» (*San Juan Pablo II, 20 de agosto de 1986*).

Meditación

Jesús nos dice que el que no está con Él, está contra Él. Para Cristo no hay posturas intermedias, o somos de los suyos con totalidad o no estamos con Él. El Señor nos llama a vivir con radicalidad nuestra fe en Él. Es necesario decidirse a ser santos, sacar de la voluntad ese sí completo a la entrega y vivir en todo con coherencia; no basta ir a Misa los domingos y luego criticar al prójimo, no es suficiente decirse católico y luego no seguir las enseñanzas de la Iglesia en el área moral.

Al cielo no se entra habiendo vivido un cristianismo a medias tintas. ¿Nos conformamos con vivir nuestro cristianismo con medianía? ¿Somos coherentes con todo lo que nos enseña nuestra amada fe cristiana? Cristo, siendo Dios, se hizo hombre para poder morir por nosotros. Su amor por cada uno se hizo tangible hasta el extremo de hacerse pan en la Eucaristía. ¿Nuestra fidelidad a Cristo tiene límites o podemos decir que somos capaces de imitar su mismo grado de coherencia y generosidad?

Oración final

Venid, cantemos gozosos a Yahvé,
aclamemos a la Roca que nos salva;
entremos en su presencia dándole gracias,
aclamándolo con salmos. (*Sal 95,1-2*)

VIERNES, 29 MARZO DE 2019

Ídolos que nos alejan del Reino

Oración introductoria

Jesús, la Cuaresma es el tiempo por excelencia que me concedes para convertir mi corazón por la práctica de la penitencia, la oración y la caridad fraterna. Ayúdame para que esta oración me impulse a renovar mi amor por Ti y por los demás.

Petición

Te suplico, Jesús, que me ayudes a vivir teniéndote como lo principal y único necesario de mi existencia.

Lectura de la profecía de Oseas (Os. 14,2-10)

Esto dice el Señor: «Vuelve, Israel, al Señor tu Dios, porque tropezaste por tu falta. Tomad vuestras promesas con vosotros, y volved al Señor. Decidle: “Tú quitas toda falta, acepta el pacto. Pagaremos con nuestra confesión: Asiria no nos salvará, no volveremos a montar a caballo, y no llamaremos ya ‘nuestro Dios’ a la obra de nuestras manos. En ti el huérfano encuentra compasión”. “Curaré su deslealtad, los amaré generosamente, porque mi ira se apartó de ellos. Seré para Israel como el rocío, florecerá como el lirio, echará sus raíces como los cedros del Líbano. Brotarán sus retoños y será su esplendor como el olivo, y su perfume como el del Líbano. Regresarán los que habitaban a su sombra, revivirán como el trigo, florecerán como la viña, será su renombre como el del vino del Líbano. Efraín, ¿qué tengo que ver con los ídolos? Yo soy quien le responde y lo vigila. Yo soy como un abeto siempre verde, de mí procede tu fruto”. ¿Quién será sabio, para comprender estas cosas, inteligente, para conocerlas? Porque los caminos del Señor son rectos: los justos los transitan, pero los traidores tropiezan en ellos».

Salmo (Sal 80,6c-8a.8bc-9.10-11ab.14.17)

Yo soy el Señor, Dios tuyo: escucha mi voz.

Lectura del santo evangelio según san Marcos (Mc. 12,28b-34)

En aquel tiempo, un escriba se acercó a Jesús y le preguntó: «¿Qué mandamiento es el primero de todos?». Respondió Jesús: «El primero es: “Escucha, Israel, el Señor, nuestro Dios, es el único Señor: amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente, con todo tu ser”. El segundo es este: “Amarás a tu prójimo como a ti mismo”. No hay mandamiento mayor que estos». El escriba replicó: «Muy bien,

Maestro, sin duda tienes razón cuando dices que el Señor es uno solo y no hay otro fuera de él; y que amarlo con todo el corazón, con todo el entendimiento y con todo el ser, y amar al prójimo como a uno mismo vale más que todos los holocaustos y sacrificios». Jesús, viendo que había respondido sensatamente, le dijo: «No estás lejos del reino de Dios». Y nadie se atrevió a hacerle más preguntas.

Releemos el evangelio

Benedicto XVI

papa 2005-2013

Encíclica «Deus caritas est» § 17 – 18

Amar a Dios y amar a su prójimo

La historia del amor entre Dios y el hombre consiste en el hecho que esta comunión crece con la comunión de pensamiento y de sentimiento, y así nuestro querer y la voluntad de Dios coinciden cada vez más: la voluntad de Dios ya no es para mí una voluntad extraña cuyos mandamientos se imponen desde el exterior, sino que es mi propia voluntad basada en la experiencia de que, de hecho, Dios me es más íntimo que yo a mí mismo (San Agustín).

Es entonces cuando crece el abandono en Dios el cual pasa a ser nuestro gozo. (cf Sl 72, 23-28). Así se nos revela posible el amor al prójimo en el sentido definido por la Biblia, por Jesús. Consiste precisamente en el hecho que, en Dios y con Dios, yo amo también a la persona que no aprecio e incluso que ni tan sólo conozco. Esto no se puede dar si no es a partir del encuentro íntimo con Dios, un encuentro que llega a ser comunión de voluntad y llega a afectar el sentimiento. Es entonces cuando aprendo a mirar a esta otra persona no solamente con mis ojos y mis sentimientos, sino según la perspectiva de Jesucristo: su amigo es mi amigo... Veo con los ojos de Cristo y puedo dar al otro mucho más que las cosas que le son necesarias exteriormente: puedo darle una mirada de amor de la que él tiene necesidad.

Palabras del Santo Padre Francisco

En esencia, con el "no está lejos", Jesús quería decirle al escriba: Sabes muy bien la teoría, pero todavía te falta una distancia hacia el Reino de Dios, es decir, debes caminar para transformar en realidad este mandamiento, ya que la confesión de Dios se hace en el camino de la vida. No basta decir: 'Pero yo creo en Dios, Dios es el único Dios'.

Está bien, pero ¿cómo vives este camino de vida? Porque podemos decir: 'El Señor es el único Dios, solamente, no hay otro', pero a la vez vivir como si Él no fuera el único Dios y tener otras deidades a nuestra disposición... Es el peligro de la idolatría: la idolatría que llega a nosotros con el espíritu del mundo. Y Jesús, en esto, era claro: el espíritu del mundo, no. Y en la última Cena Jesús pide al Padre que nos defienda del espíritu del mundo, porque el espíritu del mundo nos lleva a la idolatría. La idolatría es sutil, tenemos nuestros ídolos ocultos y el camino de la vida para llegar, para no estar lejos del Reino de Dios, implica descubrir los ídolos ocultos (*Cf. S.S. Francisco, 6 de junio de 2013, homilía en la capilla de Santa Marta*).

Meditación

Todo lo que Jesús nos pide se resume en esto: "Amarás al Señor con todo tu corazón y al prójimo como a ti mismo". Pero ¿podemos amar a Dios con todo nuestro ser? Sí, porque Él se ha hecho cercano a nosotros, Dios mismo se ha entregado por nosotros; en Cristo, hemos conocido todo el alcance de su amor. Cada uno puede estar seguro que Cristo le ama personalmente con un amor apasionado, sin límites, incondicional y fiel. Si llegamos a percibir la profundidad y la intensidad de este misterio de amor, entonces experimentaremos la necesidad y la urgencia de amar "como" Él nos ha amado.

Esto implica comenzar a amar al prójimo, con el mismo amor que Dios nos tiene y al estilo de Jesús: con generosidad, con universalidad, con espíritu de servicio, etc. La novedad del Evangelio consiste en el hecho de

amar a los demás como Cristo los ama; amarlos a todos, como Cristo nos ama a todos, incluso a los propios enemigos y hasta el extremo. Este es el reto que nos ofrece Jesús, ¿lo aceptaremos?

Oración final

Señor, ningún dios como tú,
no hay obras como las tuyas;
pues eres grande y haces maravillas,
tú solo eres Dios. *(Sal 86,8.10)*

SÁBADO, 30 MARZO DE 2019

El humilde es el grande

Oración introductoria

Ilumíname Señor para presentarme ante ti como el publicano. Haz que yo tenga las mismas actitudes que él, para que pueda orar con humildad, consciente de mi miseria y de la necesidad de tu gracia.

Petición

Señor, apiádate de mí, que soy un pecador.

Lectura de la profecía de Oseas (Os. 6,1-6)

Vamos, volvamos al Señor. Porque él ha desgarrado, y él nos curará; él nos ha golpeado, y él nos vendará. En dos días nos volverá a la vida y al tercero nos hará resurgir; viviremos en su presencia y comprenderemos. Procuremos conocer al Señor. Su manifestación es segura como la aurora. Vendrá como la lluvia, como la lluvia de primavera que empapa la tierra». ¿Qué haré de ti, Efraín, qué haré de ti, Judá?

Vuestro amor es como nube mañanera, como el rocío que al alba desaparece. Sobre una roca tallé mis mandamientos; los castigué por medio de los profetas con las palabras de mi boca. Mi juicio se manifestará como la luz. Quiero misericordia y no sacrificio, conocimiento de Dios, más que holocaustos.

Salmo (Sal 50,3-4.18-19.20-21ab)

Quiero misericordia, y no sacrificios.

Lectura del santo evangelio según san Lucas (Lc. 18,9-14)

En aquel tiempo, dijo Jesús esta parábola a algunos que confiaban en sí mismos por considerarse justos y despreciaban a los demás: «Dos hombres subieron al templo a orar. Uno era fariseo; el otro, publicano. El fariseo, erguido, oraba así en su interior: “Oh, Dios!, te doy gracias porque no soy como los demás hombres: ladrones, injustos, adúlteros; ni tampoco como ese publicano. Ayuno dos veces por semana y pago el diezmo de todo lo que tengo”. El publicano, en cambio, quedándose atrás, no se atrevía ni a levantar los ojos al cielo, sino que se golpeaba el pecho diciendo: “Oh, Dios!, ten compasión de este pecador”. Os digo que este bajó a su casa justificado, y aquel no. Porque todo el que se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido».

Releemos el evangelio

San Juan Clímaco (c. 575-c. 650)

monje en el Monte Sinaí

La Santa escala

“De la sobriedad en la oración”

Que el tejido de tu oración sea de un solo color. El publicano y el hijo pródigo se reconciliaron con Dios por medio de una sola palabra. Cuando ores, no busques palabras complicadas, mira que el simple tartamudeo de los niños a menudo ha tocado su Padre que está en los cielos. No busques hablar mucho cuando ores, tu espíritu puede distraerse buscando palabras.

Una sola palabra del publicano apaciguó a Dios y un solo grito de fe salvó al buen ladrón. Ser locuaz en la oración dispersa seguido al espíritu y lo llena de imágenes, por lo que repetir una misma palabra ordinariamente lo dispone al recogimiento.

Si una palabra de tu oración te llena de dulzura o de arrepentimiento, permanece en ella, pues eso significa que nuestro ángel de la guarda está allí, orando con nosotros. Pide en la tribulación, busca por la obediencia y toca por la paciencia. Pues quién pide así recibe; quién busca encuentra, y a quién toca a la puerta le abren. Quien mantiene sin descanso el bastón de la oración no tropezará. E incluso si cae, su caída no so será definitiva. Pues la oración es una tiranía piadosa ejercida sobre Dios.

Palabras del Santo Padre Francisco

«El texto del Evangelio pone en evidencia dos modos de orar, uno falso -el del fariseo- y el otro auténtico -el del publicano-. El fariseo encarna una actitud que no manifiesta la acción de gracias a Dios por sus beneficios y su misericordia, sino más bien la satisfacción de sí. El fariseo se siente justo, se siente en orden, y juzga a los demás desde lo alto de su pedestal. El publicano, por el contrario, no utiliza muchas palabras. Su oración es humilde, sobria, imbuida por la conciencia de su propia indignidad, de su propia miseria: este hombre se reconoce necesitado del perdón de Dios.

La del publicano es la oración del pobre, es la oración que agrada a Dios que "sube hasta las nubes", mientras que la del fariseo está marcada por el peso de la vanidad. A la luz de esta Palabra, quisiera preguntarles a ustedes, queridas familias: ¿Rezan alguna vez en familia? Algunos sí, lo sé. Pero muchos me dicen: ¿Cómo se hace? La oración es algo personal, y además nunca se encuentra el momento oportuno, tranquilo... Sí, es verdad, pero es también cuestión de humildad, de reconocer que tenemos necesidad de Dios, como el publicano. Y se requiere sencillez» (*S.S. Francisco, 27 de octubre de 2013*).

Meditación

La parábola nos habla del fariseo que se presenta ante Dios con todos sus méritos; en el fondo, este hombre no sentía necesidad de Dios y estaba tan orgulloso de sí mismo que despreciaba en su corazón a los que no eran como él. Por otra parte, Jesús nos describe al publicano como un hombre que esperaba todo de Dios, como alguien que era consciente de sus pecados y miserias, pero que al mismo tiempo, vivía orientado hacia el cielo.

¿Con cuál de las dos figuras nos identificamos? ¿Con aquel que se siente satisfecho de sí o con quien sabe que no puede nada al margen de Dios? El pasaje de hoy nos enseña también que nuestros pecados son perdonados cuando nos esforzamos por vivir con sincera humildad y caridad. ¿Cómo podríamos agradar a Dios sin la caridad de pensamiento y de palabra hacia los demás? Fijémonos que para Jesús, el hecho de que el fariseo ocupaba un puesto importante, era insubstancial. Sólo el que se humilla es grande a los ojos de Dios. Todo lo demás, no cuenta.

Oración final

Piedad de mí, oh Dios, por tu bondad,
por tu inmensa ternura borra mi delito,
lávame a fondo de mi culpa,
purifícame de mi pecado. *(Sal 51)*